

Jules Verne, una isla misteriosa

Cien años después de su muerte, el considerado precursor de la ciencia-ficción mantiene un éxito invariable y sus supuestos “misterios” son objeto de especulaciones.

La obra de Jules¹ Verne (Nantes 1828 – Amiens 1905) ha sobrevivido en un envidiable estado de salud a lo largo de los cien deslumbrantes y convulsos años que han transcurrido desde la muerte del autor. Venganza cumplida de aquél a quien la Academia Francesa desdeñó como un ‘*autor menor*’ y al que los poderes oficiales habían premiado con la Legión de Honor pero olvidaron acudir a sus exequias. Los datos acerca de la supervivencia artística de Verne en el primer centenario de su muerte son inequívocos: es el autor francés más traducido y sólo el *Livre de Poche* vende en Francia unos 100.000 ejemplares anuales.

Pero la durabilidad del éxito no se limita a Francia, ni su país es el único que se vuelca ahora en homenajes (especialmente en el triángulo Nantes-Paris-Amiens, lugares en los que se desarrolló su vida de prolífico autor). En los días en que inicio este trabajo, próximos a la fecha de su deceso (24 de marzo), cientos de publicaciones en todo el mundo evocan -entre la pura loa, la memoria de la propia infancia perdida y la desmitificación- la figura del más popular de los calificados como novelistas de anticipación, considerado, no sin ligereza, el padre de la *ciencia-ficción*.

Puede resultar paradójico, especialmente para quien se centre en el aspecto anticipatorio que caracteriza a una parte esencial de su creación, la supervivencia de la obra verniana. Como bien se encargan de subrayar los

1. Julio para los castellanoparlantes, según una tradición peculiar que hace que Balzac sea Honorato o Dumas Alejandro, mientras Shakespeare no es Guillermo ni Shaw Bernardo. Se trata de un curioso fenómeno de apropiación o familiarización al que me resisto y que merecería un estudio.

escrupulosos desmitificadores de la inventiva del autor de *Veinte mil leguas de viaje submarino*, Verne no inventó nada. Su anticipación parte de la proyección de conocimientos y experiencias que ya existían en su tiempo. Incluso la previsión de lo que podría ser el equivalente a Internet en *París en el Siglo XX* (obra rechazada enérgicamente por su editor, por cierto) se funda en la telegrafía. No prevé ni la telefonía, ni los satélites, ni la fibra óptica... Su viaje a la luna ignora la posibilidad de los cohetes autopropulsados y se basa en la balística. Su 'Nautilus' fue una realidad contemporánea, aunque muy limitada. Y así 'ad nauseam'.

Nada más cierto que la realidad ha superado ampliamente la ficción verniana, cosa que no ha sucedido y tardará en ocurrir aún, si sucede, con 'anticipadores' como H. G. Wells, Isaac Asimov, Ray Bradbury o Arthur C. Clarke, por citar sólo a algunos de sus más relevantes 'sucesores'. La cuestión es que, en sentido estricto, Verne no es un autor de ciencia-ficción ni lo pretende, sino una de las cumbres de la novela de aventuras. No hay paradoja alguna en su vigencia. Al contrario, es precisamente su pequeña y verosímil anticipación científico-técnica, sumada a su pasión por la geografía, lo que extiende su contemporaneidad hasta nuestros días. Verne se adelantó un siglo y bosquejó algunos de los trazos que caracterizarían a la que es hasta la fecha la centuria más prodigiosa y cruel de la historia de la humanidad.

En tanto que novelista del género de aventuras, Verne ha logrado incendiar, en mayor medida que cualquier otro, la imaginación de varias generaciones con escenarios ensoñados, arquetipos originales y poderosos y situaciones insólitas. Se trata de un novelista de raza, dotado de una notable capacidad descriptiva, al que sus extensos conocimientos científicos sirvieron para fascinar en mayor medida a los lectores. Su éxito, pues, no tiene nada de paradójico. Sólo hay un Verne y lo que relata sigue interesando y es transmitido de padres a hijos como una fecunda herencia ineludible. Estamos hablando, en definitiva, de genialidad. Y se trata, una vez más en la historia, de una genialidad con un toque de misterio, sometida a prejuicios, gratuitas especulaciones e intentos inútiles de desmitificación o apropiación indebida, como veremos más adelante.

La génesis de un genio

Verne nació en la entonces pequeña y hoy no muy grande ciudad de Nantes, allí donde el Loira empieza a diluir sus aguas dulces en las del mar inabarcable. La Nantes del Verne niño tenía un puerto muy activo, lo que equivale a decir que su infancia dispuso de una incitadora ventana abierta al

mundo; grande o pequeña, una capital internacional por la que transitaban brevemente, pero de modo continuo, personajes de los más remotos lugares y a la que regresaban tras largos periplos gentes del lugar con historias de las que dejan boquiabiertos a los que escuchan y, si están en la infancia, embelesados.

El niño que fue Jules comenzó a ensoñar lejanos escenarios y aventuras reñidas con su burguesa y rutinaria realidad sobre aquellos muelles que comunicaban su pequeña ciudad con el mundo. Allí nació su vocación literaria, que, para comenzar a realizarse, tendría que esperar al alejamiento de la casa paterna, determinado por el objetivo / coartada de seguir los pasos de su padre, abogado, y estudiar la carrera de Derecho en París.

A los veinte años, en la capital de Francia, Verne se enfrenta a su asfixiante predestinación burguesa y rompe abruptamente las expectativas paternas. No va a ser abogado, no va a heredar el aburrido, aunque rentable, bufete que le está reservado. Ha decidido ser escritor. Y, por supuesto, no es un camino de rosas, sobre todo si se tiene en cuenta que los primeros pasos son errados. El teatro, al que se dedica inicialmente, no es lo suyo. Pese a la inicial fortuna de gozar de la amistad de Alexandre Dumas (hijo), quien dirige su primera obra, *Les pailles rompues*, que se estrena en el teatro propiedad de Dumas padre, el éxito no le sonreirá de un modo franco en esa actividad tan alejada de lo que acabará siendo la fuente de su éxito: la novela. Escribe con entusiasmo dramas, operetas, *vaudevilles*, pero esa es una parte importante de su primera creación que la historia ha olvidado, quizás con precipitación excesiva, al menos en lo que concierne al mejor conocimiento del 'misterio Verne'.

Durante los nada anecdóticos 23 años que Jules vive en París desarrolla una intensa actividad como escritor, pero se ve obligado a aceptar trabajos "*alimenticios*" para redondear unos ingresos todavía notablemente magros. Así se convertirá en secretario del Teatro Lírico durante dos años y, tras su matrimonio en 1857 con Honorine de Viane, viuda con dos hijos, ejercerá como agente de cambio. Eso no impedirá sus regresos esporádicos a su Nantes natal o sus viajes a Amiens, la ciudad de su esposa. También viaja a Inglaterra y Escocia en 1859 y a Escandinavia en 1861.

Verne es un lector voraz y tiene una curiosidad insaciable por las abundantes novedades que su siglo le aporta constantemente en los terrenos de la exploración geográfica, -especialmente intensa entonces en el continente africano, en gran medida virgen-, y en las aplicaciones prácticas de la ciencia, es decir la técnica, aún incipiente, y cuya influencia sobre la

vida humana Verne intuye en toda su amplitud. El suyo es un tiempo histórico permanentemente deslumbrado por el progreso técnico² y Verne se siente especialmente fascinado y atraído por el horizonte que se vislumbra. Son esos conocimientos, aparentemente gratuitos o innecesariamente eruditos, los que nutrirán buena parte de su obra narrativa.

Encuentro fatal

Como ante el puerto de su infancia, la imaginación de Jules se incendia con los relatos de los exploradores y las novedades de la ciencia y de la técnica, sin intuir aún, durante mucho tiempo, que esa pasión suya constituirá la veta más pura de su creatividad, la que le conducirá a exteriorizar con éxito y fortuna su pasión literaria. Finalmente, en 1862, el escritor conoce a Pierre-Jules Hetzel, un editor en gran medida adelantado a su tiempo, con un fino olfato para el talento que compatibiliza sin aparente contradicción con su propio talento comercial. En 1863 Hetzel edita la primera novela verniana, *Cinco semanas en globo*, un apasionante viaje por África³ en el más moderno de los ingenios aéreos de su tiempo.

Acaba de nacer el Verne que conocemos, se inicia la serie que a partir de 1866 sería denominada con total justicia "Los viajes extraordinarios". El escritor se profesionaliza definitivamente y vive con desahogo de lo que sale de su pluma, pero no hay lugar para el descanso o la pereza. El contrato que firma con Hetzel es abiertamente leonino: el autor tendrá que producir tres novelas al año. Más tarde la exigencia se rebajará a dos, pero durante casi todo el resto de su vida Jules se someterá a la disciplina de redactar las tres originalmente pactadas. El escritor mantendrá siempre su lealtad a Hetzel y cuando éste muera la extenderá a su hijo. Eso no impide frecuentes desencuentros porque el editor se permite la licencia de corregir y censurar⁴ los manuscritos del autor, supuestamente sobre la base de consideraciones comerciales que no siempre lo eran exclusivamente.

2. Sin duda Verne fue uno de los extasiados espectadores del portentoso desplazamiento del péndulo de Foucault en el Panteón de París en 1851 o del vuelo del primer globo dirigible, creado por Henri Giffard, sobre el hipódromo de la Ciudad Luz.

3. Pocos años antes habían alcanzado notoriedad mundial las exploraciones en el interior de África del misionero David Livingstone y de Sir Richard Burton en busca de las fuentes originales del Nilo.

4. Un ejemplo elocuente: cuando el capitán Nemo muere en "La isla misteriosa" Verne pone en su boca el grito ¡Independencia! Hetzel lo sustituye por ¡Dios y patria!

Seguramente para mejor explotar el fecundo ingenio del escritor que ha de convertirse en su “caballo blanco”, Hetzel funda en 1864 el *Magasin d'Education et de Récréation*, destinado especialmente a los lectores más jóvenes. En opinión del editor, en tal publicación huelgan las consideraciones filosóficas tanto como las largas disquisiciones científicas. Las ‘tijeras’ de Hetzel causarán frecuentes disgustos a Verne, que le escribe algunas cartas tan enfurecidas como generalmente inútiles⁵.

El encasillamiento consecuente al destinatario infantil-juvenil que Hetzel le impone es una de las grandes frustraciones que Verne arrastrará a lo largo de los años. Sólo la inmensa popularidad y el extraordinario interés que generan sus novelas lograrán paliar en cierta medida la sensación de haber firmado un “pacto con el diablo” que le condena a una obra mutilada y “superficial”. En cualquier caso, todo indica que, pese a las apariencias, Hetzel fue el más considerado de los censores de la obra verniana, si tenemos en cuenta que, tras la muerte de Verne, su propio hijo hizo mangas y capirotos con sus novelas inéditas (los originales se recuperaron tan tarde como 1977) o que el “aligeramiento” de los textos ha sido y es un hábito tan constante como delincuente en las versiones no francesas de sus obras.

La ‘huida’ a Amiens

En 1871 Jules Verne concluye su etapa parisina. Una revolución había marcado su llegada a la capital de Francia en 1848 y otra, La Comuna, marca su partida. Tal vez París era una ciudad demasiado convulsa para alguien que debía estar permanentemente concentrado en el trabajo para cumplir con las duras exigencias de producción que había suscrito. Quizás el autor añoraba la paz provinciana de sus orígenes nanteses. Probablemente no se sentía suficientemente cerca del mar y lo extrañaba. Seguramente es una fusión de todas esas causas hipotéticas lo que motiva que el autor de “Miguel Strogoff” se mude de modo definitivo a Amiens, ciudad nativa de su esposa. Algunos añaden a todos estos factores el hecho de que Amiens era, en todos los aspectos, una ciudad considerablemente más barata que París.

5. Verne se vengará por vía literaria en "Los quinientos millones de la Begum", cuyo villano, "Herr Schultze" tiene un nombre que sería la deformación -con el acento de un alemán pronunciando el francés- de Pierre-Jules Hetzel, que le había impuesto, además, escribir la novela a partir de la historia creada originalmente por otra persona.

Desde 1868 el escritor es el feliz propietario de una embarcación, -la primera *Saint Michel* de las tres, de tamaño creciente, que tendrá a lo largo de su vida-, que aguarda en el puerto de Crotoy, en la desembocadura del Somme, las infrecuentes visitas de su propietario. El traslado a Amiens, en las orillas de ese río, y muy cerca del puerto que acoge al *Saint Michel*, supone la realización de un sueño. La navegación, a la que dedica una media de dos meses al año, es para Verne el premio a mucho trabajo y la consecuencia de un éxito literario considerable.

En los años previos al traslado de Verne a Amiens han visto la luz, entre otras obras, *Cinco semanas en globo*, *Viaje al centro de la tierra*, *Viajes y aventuras del capitán Hatteras*, *Los hijos del capitán Grant*, *Veinte mil leguas de viaje submarino* y *De la tierra a la luna*. El autor está en la cumbre y decide, dentro de una estricta y muy bien organizada disciplina de trabajo, regalarse algunas evasiones. En Amiens nace el Verne social y sociable, seguramente en respuesta a la acogida cordial y respetuosa que la ciudad le ofrece desde el primer momento.

El escritor ingresa en la *Academie des Arts et Belles Lettres* local, de la que será director, llega a administrador de la Caja de Ahorros y en 1888 es elegido para el Consejo Municipal. La construcción de un teatro será una de sus aportaciones más señaladas, un original edificio que hoy enriquece la arquitectura amiensina y perpetúa su memoria. La promoción del teatro, por el que nunca dejó de sentir pasión, constituye otro de los puntos fundamentales de su actividad 'política'⁶.

Una isla misteriosa

Pero es precisamente en estos días también cuando resurgen con especial intensidad las preguntas acerca del Jules Verne real, las especulaciones sobre su vida íntima y sus convicciones ideológicas. Nada tiene de extraño que quien ha alcanzado tanto y tan duradero éxito sea objeto de minucioso escrutinio, especialmente cuando la discreción y el alejamiento del mundanal ruido constituyen su sello distintivo y desafían a la curiosidad de los estudiosos.

6. Amiens ha llegado a disputar a Nantes la paternidad del genio, sobre la base de que fue en esa ciudad donde escribió la mayor parte de su extensa obra. En estos días, con ocasión del centenario de su muerte, ambas ciudades mantienen una entente cordial, ofreciendo cada una cuanto conserva en relación con el escritor.

En la escena literaria de la época el autor de *La vuelta al mundo en ochenta días* es una 'rara avis' sin parangón posible. Los novelistas de su tiempo tienen como materia argumental básica la sociedad en la que viven. La burguesía experimenta en esa época un gran crecimiento y se consolida como hegemónica en todos los niveles: en el económico, en el político, en el artístico. La clase imperante altera los valores vigentes y trastoca las costumbres. En medio de esa convulsión, que se expresa frecuentemente mediante fuertes turbulencias políticas, los personajes de Verne viajan a bordo de los más inusuales vehículos, se sitúan en remotos escenarios y no revelan tanto sus orígenes o ambiciones sociales como sus pasiones, sus necesidades o sus convicciones más primarias, entre el bien y el mal. Nada que ver con Hugo, Zola, Flaubert, Daudet o George Sand. La obra de Verne no ofrece pistas relevantes sobre su autor.

Por otra parte, la feroz vigilancia que el editor Hetzel ejerció sobre cualquier digresión filosófica, sociológica o científica en el relato novelístico nos ha privado de conocimientos preciosos acerca de la personal "*weltanschauung*" del escritor. Las novelas de Verne se exilian de las realidades contingentes de su tiempo. El escritor ignora deliberadamente toda alusión reveladora a la realidad social de su presente histórico, respecto a la cual, sin embargo, nos consta la aversión que sentía respecto a la dominante obsesión por el beneficio. Verne, al contrario que sus contemporáneos, no convierte en material narrativo su propia vida o experiencia ni la sociedad en la que vive. Es una isla misteriosa, en medio de un mar transparente.

Algunos irónicos cuestionadores de los especuladores más gratuitos o tendenciosos que se han acercado al "misterioso" autor concluyen que éstos 'proyectan' sobre la figura de Verne en un intento de apropiárselo. Y no cabe duda de que así es. Ese sería el caso de quienes sentencian su homosexualidad más o menos reprimida o le convierten en un anarquista secreto.

No existe base racional ni dato fiable alguno para aventurar la homosexualidad del escritor. Sacar conclusiones aventuradas de la escasez e irrelevancia de los personajes femeninos en sus novelas o de la frecuente dualidad hombre maduro / hombre joven en sus protagonistas implica ignorar la esencia del género literario de aventuras que Verne practica. Más razón podrían tener quienes le acusan de misoginia, pero estamos ante la misma clase de gratuidad. La mayor parte de los escenarios en los que se desarrolla la acción en la narrativa verniana no podrían aceptar el protagonismo femenino sin que resultase forzado e irreal. Y ya existía una dosis más que suficiente de fantasía en las obras del autor de *Matías Sandorf* para convertirle, además, en un apóstol precursor del feminismo. Se olvida, además, que

la mujer de mediados del XIX tenía una presencia social y laboral muy reducida. Las actitudes y vestimenta de George Sand (Aurore Dupin en el registro civil), intrusa desafiante en un mundo de hombres, no eran moneda corriente, sino piedra de escándalo.

¿Anarquista?

Las disquisiciones acerca de su adscripción ideológica real son aún más generosas en hipótesis y le sitúan, según el caso, en un lado u otro del espectro, sin excluir los extremos. Para una buena parte de sus exégetas se trataría de un burgués conservador y monárquico, sin apreciar aparente contradicción en el hecho de que en su única participación en la vida política figuró en una candidatura republicana. Para otros se trata de un anarquista, libertario e incluso nihilista.

Esta segunda hipótesis no carece de indicios que avalarían su verosimilitud, en la medida en que se apoya en la creación por parte de Verne de personajes fuertes, misteriosos y magnéticos teóricamente adscritos a un credo o a una praxis ácrata. A esa progenie utópica pertenecen, de modo muy señalado, paradigmas como el capitán *Nemo*, *Robur* el conquistador o el *Kaw-Djer* de *Los naufragos del Jonathan* (retitulada "*En Magellanie*" tras ser hallado el manuscrito original, "retocado" por Michel Verne tras la muerte de su padre). Se habla a este propósito de la admiración del novelista por el príncipe ruso Piotr Kropotkin, supuesto modelo para la creación del héroe de "*En Magellanie*". Pero probablemente sea más importante la influencia sobre el escritor de *Elysée Réclus*, geógrafo muy influyente en su tiempo, y anarquista defensor de la autonomía absoluta del individuo, que tomó parte en la explosión revolucionaria de La Comuna.

Es precisamente en esa novela póstuma y "secuestrada" por su hijo donde Verne muestra sin apenas disimulo a un apátrida deliberadamente alejado de la civilización que vive en compañía de indios fueguinos en una isla del extremo sur del Pacífico, frente a las costas de Chile, bajo el lema "*ni Dios ni amo*" y el odio a las leyes y costumbres de la civilización de la que procede, que le invadirá inopinadamente en forma de naufragio.

En sus tres personajes libertarios, de los cuales sólo *Kaw-Djer* podría ser calificado como un auténtico anarquista, se dan características similares. No sólo coinciden en su odio al orden establecido y en un grado mayor o menor de misantropía, sino que son '*seres superiores*' en el orden intelectual, y también en el social, que dirigen, condicionan o intentan organizar, por designio propio o por azar, la vida de otros. Su destino final es

siempre el apartamento. No sólo no existe un cemento de fraternidad igualitaria y solidaria entre esos personajes y quienes les rodean, sino que se detecta un alto nivel de desprecio de esos *'aristócratas del espíritu'* hacia la mayor parte de sus semejantes.

No es extraño que algunos estudiosos, a la luz de esas evidencias, indiquen la posible influencia de Nietzsche, pero si Verne escribió "Robur el conquistador" y "En Magellanie" en unos años en los que no es improbable que ya hubiesen llegado a sus manos "Así hablaba Zaratustra" (1883) y "Más allá del bien y del mal" (1886), no ocurre lo mismo con el primero de sus misántropos-filántropos libertarios: Nemo. El capitán del "Nautilus" nace a la vida en 1869 y su navío enarbola ya una bandera negra.

Se olvida con frecuencia que la época en la que Jules Verne nace está fuertemente marcada por la singular figura de Claude Henri de Rouvroy, más conocido como el conde de Saint-Simon (1760-1825). Pese a ser aristócrata, Saint-Simon rechaza enérgicamente el retorno del *ancien régime* que se perfila tras los excesos de la revolución francesa. Frente a ese riesgo diseña una utopía *'socialista'* en la que la sociedad sería regida por un supergobierno de sabios, que se constituiría como poder espiritual, en la medida en que la ciencia sustituye a la religión. Esos sabios serían, en teoría, capaces de restablecer el equilibrio roto por la revolución, que favorece el dominio de la clase burguesa sobre el resto de la sociedad. En la propuesta que Saint-Simon formula en "*Carta de un habitante de Ginebra a sus contemporáneos*" si los pobres e ignorantes tienen la obligación de poner su trabajo físico a disposición de la comunidad es a condición de que los ricos hagan trabajar su cerebro con el mismo fin u ofrezcan contrapartidas satisfactorias de trabajo social en el caso de que su cerebro no dé lo suficiente de sí. El lema saintsimoniano es "A cada cual según sus capacidades, a cada capacidad según sus obras".

A estas alturas, la utopía del socialismo científico "a la Saint-Simon" puede parecer un paradigma de la ingenuidad política, pero buena parte del siglo XIX en Francia está surcado por su influencia. Hetzel, el editor de Verne, y Jean Macé, puntal de *Magasin d'Education et de Récréation*, donde ve la luz la mayor parte de los *Viajes Extraordinarios*, son reconocidos como *saintsimonianos*. Y Verne, obviamente, no pudo permanecer ajeno a esa influencia. Sus líderes sabios y libertarios tienen algo que ver con los "líderes espirituales" a los que Saint-Simon sitúa al frente de su utopía social, aunque la influencia anarquista o nietzscheana en el diseño de cada uno de ellos no debe ser desdeñada a priori.

La amargura

A medida que avanza la vida de Verne se hace evidente que éste se distancia del optimismo rousseauniano sobre la bondad esencial y el destino de la especie y, si bien es cierto que se plantea utopías en islas, submarinos o protohelicópteros y que la ciencia y el saber ocupan en esas historias un papel relevante, aún es más cierto que el destino último de sus héroes utópicos, con los cuales sin duda se identifica en alguna medida, es la soledad.

A partir de cierto momento la amargura comienza a ocupar un lugar importante en la biografía de Verne, aunque sólo de forma sutil, y naturalmente 'artística', puede ser detectada en su obra. Se ha convertido en un personaje popular, querido y admirado, vive con desahogo de su profesión, pero el Parnaso literario le da la espalda como escritor menor y "para niños". Para colmo, hasta su muerte, Pierre-Jules Hetzel, su editor, le tortura con presiones y críticas para cambiar aspectos importantes en sus obras, cuando no las censura a su gusto sin consulta previa. Su hijo será mucho más considerado y Verne intentará aprovecharlo⁷, pero eso no conllevará un cambio en la valoración literaria de sus novelas.

"Sólo tengo una ambición en la literatura, la de ser un estilista", había dicho Verne. Tendrán que pasar algunos años tras su muerte para que los indiscutibles méritos de su estilo y su extraordinaria capacidad como creador de mundos y como vidente de lo oculto sea reconocida. Y serán los poetas los primeros en hacerlo con mayor frecuencia y énfasis. No sólo *"Le bateau ivre"* de Rimbaud estaría inspirado en la odisea del «Nautilus», lo cual es en sí mismo un gran homenaje, sino que desde Apollinaire a Aragon, pasando por Mallarmé, la admiración puede calificarse de rendida.

La experiencia familiar es otra gran fuente de amargura para el escritor. Verne no es, ciertamente, un marido o un padre volcado en el afecto. Está demasiado absorbido por su trabajo, cuando no ausente navegando. No se sabe si como consecuencia de ello, su hijo Michel, que viene al mundo en un hogar ya ocupado por dos hermanastros, no tarda en convertirse en un problema. Cuando apenas tiene ocho años su "nerviosismo" causa frecuentes problemas en el colegio y el padre le ingresa en un internado de reli-

7. "He terminado absolutamente con los hijos que buscan a su padre, los padres que buscan a sus hijos, las mujeres que buscan a su marido, etc. Y también he terminado con los Robisones...". Carta a Hetzel hijo el 28 de julio de 1898.

giosos. Más tarde, ante la persistencia de los problemas, Michel recibirá la “educación especial” de la época.

Verne se desespera. Algunos relatos le muestran ante su escritorio llorando e incapaz de escribir una línea. No puede comprender qué le puede ocurrir a su hijo ni qué ha hecho él para merecer tal castigo, califica su carácter como poseído de una “perversidad precoz”. Ya entrado en la adolescencia, le someterá al examen de los psiquiatras. Uno de ellos, el doctor Blanche, le recibirá como huésped en su sanatorio privado durante ocho meses cuando Michel tiene 16 años. Al año siguiente el muchacho contrae importantes deudas y su padre le embarca durante 18 meses en un barco para fortalecer su carácter enfrentándole a la realidad de la vida.

Michel regresa sin dar muestras de haber cambiado. Contrae nuevas y considerables deudas y el padre le echa de casa. En 1880, con 19 años, se casa con una actriz conocida como “la Dugazon”, a la que abandonará en 1883 por una pianista de 16 años, Jeanne Reboul, con la que en breve tiempo tendrá dos hijos. Finalmente, Michel comienza a asentarse y a madurar y Jules le abre los brazos. En 1888, padre e hijo colaboran en algunos escritos. Verne intenta que su hijo se gane la vida y le recomienda a “*Le Figaro*”, donde escribirá “*Zigzags a través de la ciencia*”. El hijo sigue la estela del padre y lo hará tan celosamente como para rescribir algunas de sus obras inéditas tras su muerte.

Hay quien dice que los problemas entre padre e hijo se debían a que eran muy parecidos en todos los aspectos. Lamentablemente, Verne no supo cuidar de su hijo ni intuyó los problemas de su relación con dos hermanastros mayores. Con una madre dividida en sus afectos y un padre virtualmente ausente, seguramente Michel no pudo ser otra cosa que lo que fue. Incluso su talento, que sin duda lo tuvo, fue eclipsado por la sombra gigantesca del padre. Se dice que Verne escribió para su hijo “*Un capitán de quince años*”, cuando Michel tenía precisamente esa edad. Sin duda habría sido mejor que le dedicase media hora de vez en cuando, pero el hombre que supo atraerse a millones de niños y jóvenes del mundo no acertó a transmitir a su hijo el afecto que sin duda sentía por él. Ambos hubieron de pagarlo con considerables dosis de dolor.

